

EL CUERPO Y LA GRAMÁTICA [UNA POÉTICA DE LOS LÍMITES] (UNA APROXIMACIÓN A LA POESÍA ÚLTIMA DE CÉSAR VALLEJO)

José Luis PUERTO

Conocido es de sobra —y ya casi un lugar común— el axioma de Wittgenstein de «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo», formulado también de este modo: «Que el mundo es mi mundo se muestra en que los límites del lenguaje (del lenguaje que sólo yo entiendo) significan los límites de mi mundo» (1989:143). Hay, en la poesía última de César Vallejo un modo de conocimiento que trata de expresar la realidad vivida, a través de claves existenciales, y que, en su formulación lírica, incorpora un componente de conciencia en torno a la importancia de la lengua misma, de la gramática incluso, tal y como esta codifica a aquella, en el conocimiento lírico del ser y del mundo.

Y, ahora que hemos dicho conocimiento lírico, nos acude una reflexión de José Lezama Lima, recogida en sus *Diarios*, sobre la imposibilidad —la perspectiva sería monstruosa— de que el mero entendimiento supla a la poesía. Tal reflexión le surge al escritor cubano a raíz de una cita de las *Meditaciones metafísicas* de Descartes. Indica Lezama: «Dios mío, el entendimiento entrando en los cuerpos. El entendimiento supliendo a la poesía, la comprensión regida tan sólo por el pensamiento. Esa comprensión sería un limitado mundo gaseoso que envolvería al planeta, sin llegar nunca a la intuición amorosa que penetraría en su esencia» (1994:23-24).

En esta obra última —como en toda la suya— de César Vallejo, hay un conocimiento afectivo, una «intuición amorosa», del ser humano y del mundo, como ocurre en toda poesía que de verdad lo sea. Un conocimiento e intuición, en su caso, desde la herida del existir, desde la conciencia de esa herida, y desde una posición de fragilidad, desamparo e intemperie que subrayan una función de amparo y de cobijo en la palabra poética. Decir es en esta poesía conocer y protegerse del enemigo rumor (volvemos a Lezama), pero, a la vez, tender puentes verbales impregnados por el afecto y por el amor hacia lo existente y hacia los existentes, como puede percibirse con claridad en ese poema emblemático de la comunión que es «Masa», de *España, aparta de mí este cáliz*. Afecto y amor que constituyen la manera más alta y más hermosa de ejercitar la fraternidad y, por tanto, de salvarse en la porción de humanidad que a cada uno nos ha sido dada.

Habíamos hecho referencia a la lengua y a la gramática, en la poesía de César Vallejo. También el cuerpo adquiere en ella una importancia considerable. El cuerpo como límite, como configuración y materialidad del ser, como territorio del amor, del afecto y del conocimiento, como algo que puede ser enumerado, nominado en sus partes y funciones («Nómina de huesos» se titula toda una serie de esta poesía última vallejjiana). La perspectiva del mero entendimiento entrando en los cuerpos —como indicara Lezama— sería inconcebible. César Vallejo va por otra parte, elige ese camino de «la intuición amorosa» para enumerar la fragilidad de nuestro existir.

Qué libros

Hemos de comenzar, en primer término, por indicar qué material constituye y configura la poesía última de César Vallejo. Poco tiempo después de su muerte (ocurrída el 15 de abril de 1938, Viernes Santo), dos fueron los libros que se publicaron póstumos y que podemos decir que integran esta última lírica vallejjiana: *Poemas Humanos* (París, julio de 1939) y *España, aparta de mí este cáliz* (Montserrat, 1939; México, D. F., 1940)¹.

Juan Larrea, acaso el mayor y, desde luego, el más peculiar exégeta vallejjiano, en su edición crítica de la *Poesía completa* de César Vallejo², agrupa la poesía última del autor peruano en dos grandes rótulos: *Poemas póstumos*, constituidos por las series de poemas tituladas «Nómina de huesos» y «Sermón de la barbarie»; y los quince poemas que integran *España, aparta de mí este cáliz*. Esta es la edición que seguimos en nuestra lectura e indagación de las claves apuntadas de la última poesía vallejjiana.

El arte de nombrar

El hecho de nombrar —si seguimos a Wittgenstein— establece, al ponerlo en práctica, límites al mundo, pues el lenguaje lo conforma y configura un territorio, el territorio de lo nombrado como mundo propio.

Y tal hecho de nombrar tiene sus códigos, establecidos por los distintos niveles y articulaciones que constituyen la lengua, tal y como la estudia la gramática.

En la poesía última de César Vallejo, hay una continua reflexión en torno al nombrar, al pronunciar, al hablar, al decir, como mecanismo indispensable para configurar el mundo.

Mi madre está confesa de mí, *nombrada* de mí (Vallejo, 1978: 545).

suellen los médicos *dialogar* y cavilar largamente, para,
al fin, *pronunciar* sus llanas palabras de hombres (Vallejo, 1978: 548).

Dije chaleco, *dije*
todo, parte, ansia, *dije* casi, por no llorar (Vallejo, 1978: 586).

¹ *Poemas Humanos (1923-1938)*, París, Les Editions des Presses Modernes. Au Palais Royal, 1939 (15 de julio). 162 pp. de 23 x 18 cms. Epílogos de Luis Alberto Sánchez y Jean Cassou. »Nota bibliográfica« de Raúl Porras Barrenechea. Edición de 250 ejs. en papel vergé antique y 25 en papel Japón, al cuidado de Georgette Vallejo y Raúl Porras Barrenechea.

² Barcelona, Barral Editores, Biblioteca Crítica, 1978.

Pero la tarea del poeta, al nombrar, pronunciar, hablar, decir, no es otra que la de acotar un territorio a través de la escritura. César Vallejo huye en la suya de toda solemnidad («no cantar»), y reduce los verbos anteriores a uno: escribir; convirtiendo su escritura en sinónima de dos rasgos: el de ser una tarea humilde, nacida de un estar de continuo a la escucha:

¡Oh *no cantar*; apenas
escribir y escribir con un palito
o con el filo de la oreja inquieta! (Vallejo, 1978: 615).

Esta es una tarea que, sin embargo, tiene sus dificultades; no siempre el poeta consigue en ella lo resultados que espera. En el poema «Intensidad y altura», lo expresa claramente:

Quiero *escribir*, pero me sale espuma,
quiero *decir* muchísimo y *me atollo* (Vallejo, 1978: 641).

El nombrar, el decir, el hablar, el escribir, tiene en Vallejo un carácter íntimo. Como heredero del simbolismo, el autor peruano cultiva la vía interior. Parte el poeta de lo que pudiéramos llamar un intimismo existencial, aunque su poesía tenga también la vocación de humanizar el mundo (como comprobaremos) y de aspirar a esa solidaridad y comunión entre los seres, que formula en más de una ocasión. Tal intimismo podemos advertirlo recogido en versos como estos:

Ahora mismo *hablaba*
de mí conmigo (Vallejo, 1978: 675).

El hecho de decir, de escribir, requiere unos sonidos y letras, una entonación, una ortografía, una morfología, un uso de las palabras, una sintaxis. De todo ello, podemos espigar ejemplos en la poesía última del poeta peruano, en la que se halla un listado minucioso de todo lo que la gramática requiere para que el acto verbal, hablado o escrito, sea posible.

Sonidos, letras, entonación, ortografía:

«sale la tierra hermosa de las humeantes *sílabas*» (Vallejo, 1978: 625).

«y caen, a lo largo de su *alfabeto* gélido, hasta el suelo» (Vallejo, 1978: 633).

«mi querido esqueleto ya sin *letras*» (Vallejo, 1978: 675).

César Vallejo, el *acento* con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garganta (Vallejo, 1978: 678).

¡Soldado conocido, cuyo *nombre*
desfila en el *sonido* de un abrazo! (Vallejo, 1978: 725).

bajo su atroz *diptongo* (Vallejo, 1978: 730).

Solía *escribir* con su dedo grande en el aire:
¡*Viban* los compañeros! Pedro Rojas [...] *[...]*
¡*Viban con esta b* del buitre en las entrañas (Vallejo, 1978: 734).

en palote el *diptongo*, la medalla en llanto! (Vallejo, 1978: 752).

¡Cómo vais a bajar las gradas del *alfabeto*

hasta la *letra* en que nació la pena! (Vallejo, 1978: 752).

bajad la voz, el canto de las *sílabas*, el llanto (Vallejo, 1978: 753).

Morfología

¡Oh la *palabra* del hombre, libre de *adjetivos* y de *adverbios* (Vallejo, 1978: 559).

Si tanto el adjetivo como el adverbio son términos secundarios, dependientes del sustantivo y del verbo respectivamente, Vallejo, al desprenderse de ellos, estaría propugnando un lenguaje esencial, libre de todo lo accesorio.

«el *cómo* qué sencillo, qué fulminante el *cuándo*!» (Vallejo, 1978: 571).

«vi que en tus *sustantivos* creció yerba» (Vallejo, 1978: 572).

«los cantos *subjuntivos*» (Vallejo, 1978: 588).

¡Crezcan la yerba, el líquen y la rana en sus *adverbios*! (Vallejo, 1978: 597).

y me viene de lejos un querer
demonstrativo, otro querer amar, de grado o fuerza (Vallejo, 1978: 658).

el calor del fuego y el *pronombre* inmenso (Vallejo, 1978: 667).

Matan al libro, tiran a sus *verbos auxiliares* (Vallejo, 1978: 725).

y luchó con sus células, sus *nos*, sus *todavía*s (Vallejo, 1978: 735).

No podemos cerrar estas alusiones vallejianas a la morfología gramatical sin dejar de citar el poema «[La paz, la avispa, el taco...]» (Vallejo, 1978: 623), de la sección «Sermón de la barbarie», en el que todo el texto, y la emoción existencial que desprende, se halla tejido por una mera enumeración, en bloques estróficos, de sustantivos, adjetivos, gerundios, adverbios y adjetivos sustantivados por «lo», que expresan un estado de ánimo, una visión del mundo y del ser transida por lo sorprendente, lo dolorido, lo vital y lo temporal...

El uso de las palabras

Hay una apelación al uso directo del lenguaje, al nombrar las cosas por su nombre, sin rodeos ni circunloquios:

—Que *le llamen*, en fin, por su *nombre*.
Y esto no fue posible (Vallejo, 1978: 543).

sufriendo como sufro del *lenguaje directo* del león (Vallejo, 1978: 574).

¡Hablan como les vienen *las palabras* (Vallejo, 1978: 576).

La palabra se asocia también con el ser y con la comunicación entre los seres, y con ese soplo de espíritu que se da en el hecho de pronunciar:

pero a tu despedida temporal,
tan sólo corresponde lo inmutable,
tu criatura, el alma, mi *palabra* (Vallejo, 1978: 569).

La palabra tendría vocación de permanencia, de ahí que el poeta exprese en algún momento el temor a que no lo sea:

¡Y si después de tantas *palabras*,
no sobrevive *la palabra*!
¡Si después de las alas de los pájaros,
no sobrevive *la palabra*! (Vallejo, 1978: 593).

Sintaxis

Aquí, más que espigar ejemplos, nos puede servir lo ya indicado, válido para la configuración del modo de decir. Un decir que aspira a ser esencial, a prescindir de lo accesorio, y un decir que busca el lenguaje directo, el llamar a las cosas por su nombre, sin rodeos. Dentro de un acercamiento de la poesía a la prosa, fenómeno que, como es sabido, comienza a producirse a partir del siglo XVIII en la poesía europea y que también llega a América.

Se produce, así, en la poesía última de César Vallejo una extraordinaria conciencia lingüística; una fascinación por nombrar términos gramaticales, que acaso hechizaran su oído ya desde los momentos infantiles de la escuela, pero que permanecieron siempre resonando en su interior y que aparecen en esta su última lírica, con más de una función, creemos: por una parte, sirven –y, de hecho, se utilizan para ello– para configurar un lenguaje figurado en el que se recalca –con un tono de asombro, de perplejidad, de melancolía..., según el momento– lo íntimo y lo existencial, pero también lo social y lo colectivo; y, por otra, –según la función que adjudicara Wittgenstein al lenguaje, y de la que venimos hablando en estas líneas– para establecer los límites de su mundo poético.

Y esta conciencia lingüística la extiende y la concreta en el idioma en que se expresa: en español. Es una conciencia del idioma, del instrumento común de expresión y de comunicación de todo el mundo hispánico, presente ya, por ejemplo, como es bien sabido, en Rubén Darío. La expresa así César Vallejo:

pero dadme
una piedra en que sentarme,
pero dadme
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,
pero dadme
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré... (Vallejo, 1978: 609).

El territorio del cuerpo

Ya Gonzalo Sobejano ha reflexionado y analizado, con la lucidez que acostumbra, el concepto de *cuerpo* y todo lo que conlleva en César Vallejo. Podemos sintetizar su exposición en estas sus palabras: «todos los *Poemas humanos* y muy especialmente algunos (28 o 30, si hay que ser estadístico) desprenden corporeidad, fisiología, somatismo, antropomorfismo, humanismo; pero humanismo de “humus” (tierra).» (Sobejano, 1981: 336)

A nosotros nos interesa observar cómo hay un paralelismo entre el concepto de cuerpo y el de gramática, que acabamos de esbozar, en la poesía última de Vallejo. En el sentido de que ambos territorios —gramática, cuerpo— aparecen pormenorizados, con sus partes constituyentes enunciadas, con un doble objetivo al menos: configurar un lenguaje figurado y poner de relieve una conciencia de los límites (los del lenguaje configuran el mundo propio y los del cuerpo marcan lo que podemos sentir, comprender, gozar, sufrir..., o, en definitiva, vivir).

Aquí nos vuelve a aparecer Wittgenstein, cuando indica: «Si yo escribiera un libro »El mundo tal como lo encontré«, debería informar en él también sobre mi cuerpo y decir qué miembros obedecen a mi voluntad y cuáles no, etc.; ciertamente esto es un método para aislar el sujeto o, más bien, para mostrar que en un sentido relevante no hay sujeto: de él solo, en efecto, *no* cabría tratar en este libro. / El sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo» (Wittgenstein, 1989: 143-145).

César Vallejo, en su poesía última, nos informa sobre el cuerpo, sobre su cuerpo, como ámbito de acogida del sujeto, de la conciencia, de la emoción; nos detalla sus miembros, sus partes, sus comportamientos físicos y psíquicos. Y entonces nos damos cuenta de que el sujeto, de que el cuerpo es, en esta poesía, un verdadero límite del mundo. El autor peruano nos lo está delimitando de continuo.

La voluntad enumerativa de lo material podemos ya advertirla en el título de una de las secciones de esta poesía última: «Nómina de huesos». La nómina se hace minuciosa, por ejemplo, en *España, aparta de mí este cáliz*, donde nos encontramos, en el «Himno a los voluntarios de la República» — por orden de aparición en los poemas— con: «huesos fidedignos», «frente impersonal», «el vaso de la sangre», «los codos», «manos electivas», «aliento», «pecho», «ojos», «boca», «secreción de sangre», «gargantas infaustas», «órbitas», «espalda», «perfil», «pecho universal», «cutis inmediato», «los hombros», «rodillas». Hay un asedio al cuerpo, a la materialidad, al que se convierte en certidumbre, en vía de acceso a lo real, a lo verdadero, a una certeza basada en la solidaridad, algo que nunca excluye esa perplejidad, esa extrañeza, esa melancolía, que siempre se hallan como poso en los versos de César Vallejo.

Y, si seguimos con otros poemas de *España, aparta de mí este cáliz*, nos toparemos con otras nóminas, en las que se reitera esa letanía de partes y fragmentos de ese todo asombroso que es el cuerpo: pie, apéndice, sangre, pechos, frente, espalda, brazo, huesos, hombro, mano, cabello, coágulo, órbitas, costillas, esternón, células, cadáver, rodillas, espinazo, huesecillos, tobillo, canas, carne, cintura, boca, aliento, ombligo, pómulo, corazón, brazo, testículos, boca, orden digestivo, calaveras, tibias, antebrazo, sienes, vientre, dientes, aliento...

Pero ¿qué hace el cuerpo? En primer lugar, procede de otro cuerpo, y aquí surge la figura de la madre, con su vientre, como casa del hijo: así, en el poema «El buen sentido», de la sección «Nómina de huesos»:

Mi madre acuerda carta de principio colorante a mis relatos de regreso. Ante mi vida de regreso, recordando que viajé durante *dos corazones* por su *vientre*, se ruboriza y se queda mortalmente lívida, cuando digo, en el tratado del alma: Aquella noche fui dichoso (545).

También los cuerpos se nos muestran como recintos de los sentidos: oír, mirar... En el mismo poema, se nos dice:

La mujer de mi padre, al oírme, almuerza y sus ojos mortales descienden suavemente por mis brazos (Vallejo, 1978: 546).

Y no escapa a César Vallejo ese sentimiento del poder generador del cuerpo, que prolonga la vida y nos lleva más allá de nosotros mismos; algo que podemos advertir en «[¡Dulzura por dulzura]», de «Nómina de huesos»:

Debajo de ti y yo,
tú y yo, sinceramente,
tu candado ahogándose de llaves,
yo ascendiendo y sudando
y haciendo lo infinito entre tus muslos (Vallejo, 1978: 580).

Pero el cuerpo es asimismo recinto del dolor, de la enfermedad y de la muerte. Hay en esta poesía —y es una de sus claves existenciales— una continua presencia del dolor, del sufrimiento humano; como también, en una dualidad abarcadora de la vida, del amor y de la solidaridad. Veamos un ejemplo en el poema «Voy a hablar de la esperanza»:

Miro del dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado. ¡Qué sangre la suya más engendradora, para la mía sin fuente ni consumo! (Vallejo, 1978: 553).

O en «[Escarnecido, aclimatado al bien]», de «Sermón de la barbarie»:

Al fondo, es hora,
entonces, de gemir con toda el hacha
y es entonces el año del sollozo,
el día del tobillo,
la noche del costado, el siglo del resuello (Vallejo, 1978: 629).

En «Lomo de las sagradas escrituras», se funden el cuerpo y la gramática, dentro de esa exaltación humana que nos agiganta y que, a la vez que afirma el yo, subraya asimismo el nosotros:

Mi metro está midiendo ya dos metros,
mis huesos concuerdan en género y número
y el verbo encarnado habita entre nosotros
y el verbo encarnado habita, al hundirme en el baño,
un alto grado de perfección (Vallejo, 1978: 566).

Muy matizadas aparecen en la poesía vallejiana las acciones del cuerpo, del que percibimos también su desamparo, su intemperie, pero del que no se nos escapa cómo el pequeño cuerpo del hombre es capaz de generar ese pequeño mundo del hombre, sobre el que la cultura europea viene reflexionando desde el arranque de la modernidad.

Una poética de los límites

La gramática y el cuerpo, en la medida en que se configuran como límites del ser, perfilan el conocimiento que el hombre tiene del mundo. También hay un tercer elemento, en la poesía última de César Vallejo, que cumple esta función: las cosas. Aunque no podamos analizarlo ahora, lo dejamos apuntado, porque las cosas y sus apariciones sorprendentes dotan de una magia muy especial a la lírica del peruano. Términos como palito, cucharita —tan vallejianos— y otros van en la línea de lo que decimos.

Pequeño mundo del hombre, territorio del poeta, acotado por los cierres del lenguaje (la gramática), del cuerpo (otro modo de lenguaje) y de las cosas, que configuran una poética de los límites, en la que intensidad y emoción se dan la mano para dar como resultado una de las aventuras poéticas más altas del siglo XX en castellano. Una aventura poética que aúna lo existencial y lo social, el amor y el dolor, el yo y el nosotros. Una aventura poética que puede ser definida —con palabras de títulos de poemas del propio autor— como «Telúrica y magnética» y llena de «Intensidad y altura».

Y una aventura poética que contiene en su centro un profundo mecanismo humanizador del cosmos, de la naturaleza, de las criaturas y del mundo:

¡Extremeño, dejáste me
verte desde este lobo, padecer,
pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo, todo un hombrecito! (Vallejo, 1978: 728).

Bibliografía

LEZAMA LIMA, J. (1994): *Diarios [1939-49 / 1956-58]*. México, D. F., Era.

SOBEJANO, G. (1981): «Poesía del cuerpo en *Poemas humanos*», en *César Vallejo*, 2ª ed., Edición de Julio Ortega. Madrid, Taurus, Col. Persiles, El Escritor y la Crítica, 76,

VALLEJO, C. (1939): *Poemas Humanos (1923-1938)*. Paris, Les Editions des Presses Modernes, Au Palais Royal.

——— (1978): *Poesía completa*. Barcelona, Barral Editores, Biblioteca Crítica.

WITTGENSTEIN, L. (1989): *Tractatus Logico-Philosophicus*, Traducción e introducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. Madrid, Alianza.

TROPELIÁS